

COLOMBIA, HOY

PRESENTACIÓN

MARIO ARRUBLA

COLOMBIA HOY

Siglo XXI editores (1978-1990) | Tercer Mundo Editores (1991)

COLOMBIA, HOY – PRESENTACIÓN / Mario Arrubla
Abril 1978

COLOMBIA, HOY:

Mario Arrubla, Jesús Antonio Bejarano, J. G Cobo Borda, Jaime Jaramillo Uribe, Salomón Kalmanovitz, Jorge Orlando Melo y Álvaro Tirado Mejía.

Siglo XXI Editores de Colombia. Trece ediciones: 1978 - 1990 | Editor: Mario Arrubla

Tercer Mundo Editores. Décimo quinta edición: 1991 | Editor: Jorge Orlando Melo

Disponible en Internet:

Biblioteca Luis Ángel Arango. Biblioteca Virtual del Banco de la República.

COLOMBIA, HOY

PRESENTACIÓN

--Mario Arrubla--

Los autores que colaboran en esta obra forman parte de una corriente que rompe como grupo con una tradición que dominó por mucho tiempo en Colombia y a la que sólo se sustrajeron antes algunos autores aislados, entre los cuales es preciso mencionar a Ospina Vásquez con su obra *Industria y Protección en Colombia*, a Nieto Arteta con su ensayo sobre el café y su libro *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, y especialmente a nuestro máximo escritor Liévano Aguirre con sus estudios sobre Bolívar, Mosquera y Núñez, y su libro *Los Grandes Conflictos Sociales y Económicos de Nuestra Historia*. La tradición aludida era la de una cultura que se puede llamar patriótica, la cual encontraba sus temas en los personajes y los hechos más destacados de la historia del país, reduciendo el nivel investigativo a la precisión de un cúmulo de detalles factuales organizados por fechas y componiendo su nivel valorativo según una apologética en la que corrían a la par la ingenuidad y la hipocresía. En este tipo de estudios faltaba sistemáticamente algo: el examen de las tensiones sociales y económicas que constituyen la substancia de las empresas políticas. La represión de este orden primordial no dependía de la superficialidad mental de los escritores, sino que era al revés, hecho que es posible generalizar diciendo que la cultura colombiana ha sido pobrísima porque el pensamiento ha estado paralizado por el temor de afrontar la esfinge de nuestra conformación social.

Para decirlo brevemente, el país colombiano, comprendido como la unidad de un territorio y de un grupo humano, no ha logrado nunca adquirir el carácter de una verdadera sociedad si por ello se entiende una comunidad de experiencia y de ideales. Lo único que de sociedad hemos tenido ha sido la presencia de una jerarquización que por ser mera forma o por no tener otro contenido que el psicológico ha encontrado su verdadera sustentación en la violencia. Significa esto que los grupos superiores, antes que ser conductores de una empresa civilizadora, han centrado sus mayores energías vitales en afirmar su distinción radical en relación con unas masas profundamente despreciadas, que ayer eran las castas de la tierra y hoy componen el populacho. Su predominio social ha consistido menos en una función directiva según ciertos valores que en la prueba de una diferencia humana, definida incluso muchas veces en términos raciales. Esto, que es lo que habría que decir para empezar a decir algo, que es lo que habría que pensar para empezar simplemente a pensar, constituye una característica de muchos países hispanoamericanos que no puede ser explicada como podrían pensar de pronto los marxistas, por la sola escisión en clases, ya que nos encontramos aquí en presencia de un tipo de superposición social que hunde sus raíces en una empresa tenebrosa y que representa una división mucho más profunda de lo que justifica la repartición de los hombres en relación con la propiedad de los medios de producción. La escisión clasista no determina por sí sola el grado en que nuestro país ha sido ajeno a la cultura, a la civilización, al espíritu. Es claro que la peculiar voluntad de distinción que domina a los grupos superiores ha encontrado su materialización en los diversos ordenamientos de clase conocidos a través de nuestra historia. Pero no es sólo la economía la que ha venido a materializar esa voluntad de distinción sino también, y aquí reanudamos nuestro hilo, el orden mismo de la cultura. En Colombia, hasta hace muy poco, escribían únicamente los miembros de las clases dominantes o los de estratos medios; los primeros para confirmar que sus privilegios sociales eran solidarios de un privilegio espiritual, los segundos para, sobre la base de la misma equiparación, acreditar sus títulos de inscripción

en los grupos más altos. Es más bien admirable que tantos hombres hayan podido escribir en Colombia para afirmar un corte esencial con la gran mayoría de las gentes del país, es sorprendente que se hayan podido hilar tantas palabras con alguna lógica para significar una ruptura de las condiciones de la comunicación. Si era esto lo que prácticamente se hacía cuando se producían libros, ya lo que en éstos inmediatamente se decía tenía que silenciar por fuerza aquel nivel, o sea callar las relaciones de señor y siervo que dominaban la escena social y en las cuales el escritor participaba o aspiraba a participar. No se podía hablar de lo que estaba en juego tanto en la sociedad como en el acto de la escritura porque la violencia señorial que era el pegante de esas relaciones –y que es el sustrato de nuestras peores violencias– se había desde siempre ejercido, de manera hartamente eficaz, con la misma hipocresía con que los pícaros acostumbran desarmar a sus víctimas: hablándoles de fraternidad o de intereses comunes. El sistema es bien conocido, y es mérito del marxismo haberlo denunciado para otras latitudes: la manera moderna de lograr los fines más particulares es presentarlos como metas generales, o sea silenciando la particularidad de los fines perseguidos. Este silencio, premeditado en los pícaros, llegó a formar naturalmente parte, luego de una práctica secular, de la disposición mental de los grupos dominantes en Colombia y de sus voceros ilustrados, los que acabaron por creer que efectivamente estaban movidos por ideas como las de patria y civilización. Lo que con esto ganaban en capacidad de convicción frente a las masas lo perdían sin embargo en inteligencia. La principal crítica que puede hacerse a la gran mayoría de los libros que pretenden ser estudios sobre algún aspecto de la sociedad colombiana no es tanto que sean reaccionarios, o empíricos, o apologéticos, sino que sean todas esas cosas a la vez con el agregado de un fondo de gran pobreza intelectual. Se llegó así por esta vía a una situación en la que la voluntad de distinción de las altas capas sociales en relación con el pueblo las condujo, por una dialéctica que haría las delicias de un hegeliano, a un grado tal de embrutecimiento y de inhibición con todo lo que tenga que ver con la cultura que sus diferencias humanas con las masas embrutecidas

resultan en verdad insignificantes. Fuera de lo que se llaman los lujos exteriores, la figura y la capacidad de subyugar y dar órdenes, poco queda en verdad de la distinción tan perseguida, como nada diferencia, fuera de la distinta posición interhumana y psicológica, a las señoras de la burguesía y sus sirvientas. Miradas en efecto las cosas con alguna distancia, como la que les sería fácil adoptar por ejemplo a las gentes cultas de otras naciones, Colombia debe aparecer como un país homogéneamente subdesarrollado, tanto en lo económico como en lo cultural, sin que la libertad de los grupos superiores en relación con las necesidades materiales haya favorecido en ellos una liberación del espíritu.

La nueva corriente de estudiosos de la sociedad colombiana de que decimos que forman parte los colaboradores de esta obra surge en una etapa histórica en que la cultura ha dejado de ser un título suficiente de inscripción en las altas jerarquías sociales. Se ha producido así un fenómeno que no depende tanto del idealismo de algunos individuos sino más bien del hecho impersonal de la vigencia de unas condiciones sociales que favorecen el deslinde entre la dirección económica y política de la sociedad, de un lado, y de otro el trabajo intelectual. Este deslinde, que en abstracto siempre debe lamentarse, resulta afortunado y preñado de promesas en un momento en que el orden institucional prevaleciente revela una inercia que priva de toda iniciativa histórica a las personas que ocupan las posiciones de mando. Piénsese no más en los profundos efectos depresivos que tendría el hecho de que la clase que hoy vegeta en el gobierno de la sociedad detentara también el monopolio de la cultura, que a su parasitismo en el plano interhumano agregara también el privilegio de la inteligencia. En estas condiciones, la marginalidad de la cultura en relación con las instituciones debe ser en una medida considerable defendida porque ella suministra un terreno adecuado para la progresiva construcción, al lado de las jerarquizaciones económicas y políticas, de ese orden de legalidad que es el de las ideas, un orden que extrae su propio peso de su irresponsabilidad radical frente a las relaciones sociales de fuerza. Irresponsabilidad no significa aquí la aberrante promoción soreliana

de la violencia y menos aún el distanciamiento cientifista del escritor y su objeto, sino que consiste en un esfuerzo verdaderamente laborioso por escapar a las determinaciones materiales y hacer del pensamiento otra cosa que el reflejo pasivo de la vida de los grupos sociales y más en general de la misma existencia social. Los intelectuales, con su trabajo irresponsable, pueden contribuir poderosamente a dar fluidez a la vida de la sociedad y crear un clima favorable para que la imaginación política, ganando en vivacidad, conciba un día los caminos que resultan inaccesibles a la sola reflexión. Pero esa irresponsabilidad, que la marginalidad de la cultura entre nosotros afortunadamente favorece, se ve de otra parte amenazada, necesario es decirlo, por el afán de eficiencia práctica y la articulación inmediata con los intereses del pueblo definidos en términos de clase. El pensamiento social de nuestro siglo padece de dos males que resultan curiosamente contrapuestos: sus deseos de omnipotencia y el desconocimiento de sus propias potencias. Por el primero, cree poder prescindir de la espontaneidad de las corrientes sociales y se fija la tarea de programar milimétricamente la evolución histórica definiendo con el mayor rigor el orden que es preciso construir así como el papel que corresponde a cada grupo en la persecución del fin trazado. Este paternalismo del espíritu, continuador de tradiciones señoriales, desemboca inevitablemente a cada paso en un autoritarismo que considera como un crimen contra el pueblo cualquier desviación del programa establecido, procediendo con la mayor buena conciencia a la eliminación de los extraviados. Por su segundo mal, el pensamiento social desconoce el poder de la palabra, necesariamente limitado pero incontrovertible. Ante el hecho palpable de que la sociedad siga siendo gobernada por un grupo de capitalistas que deciden de la vida y de la muerte con sus juegos especulativos, y ello a despecho de una elaboración verbal que ilumina con gran nitidez estos manejos, los hombres de ideas adquieren una conciencia desesperada de su impotencia y pasan a comprobar con ligereza la inanidad de la cultura. Si la cultura nada puede, si el pensamiento nada comanda, ellos se hacen anarquistas y sueñan con el advenimiento de sociedades libres de coerción y de

gobierno, consagrándose por el momento a la crítica incondicionada de todo lo que represente el hecho formal de la autoridad. Es notable la autoridad intelectual que llegan a alcanzar en nuestro mundo los enemigos de toda autoridad, y notable el séquito de veneradores que generalmente los acompañan, ya sea al nivel de un Sartre, ya al de un terrorista.

Si la nueva corriente a la que hemos venido refiriéndonos no escapa por completo a lo que aquí consideramos como desviaciones de la cultura y más específicamente del pensamiento social, los coautores de este libro –que, bueno es decirlo, no comparten necesariamente las convicciones aquí expuestas– superan en términos generales los peligros del economismo y el sociologismo, peligros que consisten en desestimar, por reacción contra el uso tradicional, el nivel de las ideas y de las formas políticas para dirigirse al nivel infraestructural de la sociedad y aposentarse en él. Los estudios sociales se convierten así en una descripción insípida de las clases y los hechos económicos que fácilmente confunde la evolución en el tiempo de estos elementos con la historia y acredita la lucha por los intereses materiales como el prototipo de la acción. Por este sesgo, es el concepto mismo de acción histórica el que queda escamoteado. Toda verdadera acción política tiene ciertamente por substancia la vida material de la sociedad, las tensiones de base y las formas de jerarquización que rigen las relaciones más universales presentes en la trama social. Pero para que haya acción, y con ella verdadera historia, se necesita algo más que la substancia, es preciso una elaboración de los contenidos que los eleve, rompiendo su inmediatez, al nivel de la ideología política, lo que significa concretamente que ningún grupo social particular –incluida por supuesto la clase obrera– accede a la acción histórica por el solo planteamiento de sus intereses, sino que es necesario producir y promover una idea de lo que debe ser el orden general de la sociedad, del lugar que en este orden debe corresponder a lo particular y de la forma institucional que en él debe revestir la representación de la unidad. Sin una ideología política no hay acción histórica. Sin una relación, inmediata o mediata, con el Estado que en nuestras civilizaciones es la forma que tienen las sociedades

de afirmar su voluntad de constituirse en sujetos de su propia existencia, no hay acción política. No se trata de que la ideología, como se pensaba antes de la empresa desmistificadora del marxismo, tenga asegurado el desprendimiento en relación con las determinaciones sociales, que por el solo hecho de referirse al Estado y a los valores generales escape a las contaminaciones del interés particular. Se trata de que la ideología, formalmente, es de por sí un impulso hacia lo universal, formalidad que no debe ser despreciada cuando ella motiva precisamente la denuncia del incumplimiento que se da cuando, por su contenido, lo ideológico se mantiene de hecho fijado a un sector de la existencia social. Todo esto para significar que las ideas, como el Estado, al extraer de su nivel formal una suerte de validez incondicionada que les impide hundirse por completo en la particularidad cualquiera que haya llegado a ser su contenido, se benefician de un dinamismo intrínseco que justifica su historicidad privilegiada. De conformidad con lo que antecede, sustentamos la opinión de que la historia, comprendida en su más alta acepción e incluyendo por supuesto la experiencia contemporánea, constituye el orden de preocupación cultural más adecuado para el estudio de la realidad social. Por este enfoque, el objeto a conocer es la vida de la sociedad desplegándose en el tiempo y esforzándose por coordinar sus órganos en el sentido de una marcha unitaria, a través de la cual pueda componer y proyectar su esquema corporal –humano y territorial– según valoraciones filosóficas no siempre formulables y que valen por un esquema mental. O la falta de esto, o los accidentes de conformación que impiden a las gentes reunidas en una comarca y regidas por una misma ley tener la vivacidad de un organismo histórico. Ciertamente, constituiría una labor cultural nada desdeñable el estudio de las fallas de historicidad y de sus efectos, de seguro monstruosos, en los grupos humanos afectados. Dejando de lado esta especulación, y aclarando que en nuestra opinión la sociedad colombiana no corresponde por entero a este último caso, observemos que es precisamente el enfoque histórico el que predomina en los trabajos que este libro reúne. Ya sea que acentúen lo social, lo político o lo económico, ya sea que se refieran a procesos pasados o presentes,

estos trabajos están siempre atentos a un curso y se esfuerzan por descubrir una lógica temporal. Lo que de esta manera todos ellos contribuyen en algún grado a establecer es la identidad de la sociedad colombiana, sus rasgos caracteriales, si así puede decirse, las experiencias que han llegado de alguna manera a determinar las actitudes espontáneas de los grupos, en fin, el sentido más general de sus tensiones. Pero sobre todo, ellos suministran algunos indicios sobre la suerte que en esta sociedad ha tenido el principal asunto: la capacidad de acción histórica, mostrando los puntos y las condiciones en que ha dado señales de vida tanto como aquellos en que ha parecido agotarse.